

## Reseña de libros

## I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

EUFORIÓN DE CALCIS.—*Fragmentos y epigramas*. Edición bilingüe, comentarios, introducción e índices por LUIS ALBERTO DE CUENCA, Madrid, 1976, 392 pp.

Múltiples méritos coinciden en el trabajo que reseñamos, presentado como Tesis Doctoral en la Universidad Autónoma de Madrid: la oportunidad de la edición de un poeta importante y tan fragmentariamente atestiguado, la dificultad de sus textos tan eruditos y alusivos, necesitados de un comentario pertinente, y la utilidad de una presentación actual y crítica del conjunto de su obra poética. La presente edición enumera 189 fragmentos (de muy diversas proporciones y procedencias), y dos epigramas. Por la inclusión de algunos fragmentos papiáceos (como el amplio texto de *POxy.* 1390) amplía notablemente el conjunto de testimonios recogidos en las ediciones euforionicas de Meineke (1843), Scheidweiler (1908) y Powell (1925). El actual editor se muestra muy respetuoso con estas ediciones precedentes y cita generosamente las conjeturas y comentarios de las mismas, siendo él extremadamente cauto en no aducir conjeturas nuevas a los textos.

Esa cautela en aportar nuevas conjeturas justifica el que no discutamos aquí ninguna variante a los textos, por lo demás bien trabajados por excelentes filólogos. Esta cautela es también un signo de los tiempos. Junto a este respeto por lo transmitido, De Cuenca se esfuerza en apurar el sentido poético de los mismos, mediante unos comentarios ajustados, nunca excesivos ni divagatorios, y mediante unas traducciones muy ajustadas al original.

Esta es la primera traducción al castellano del rebuscado poeta helenístico, maestro de una poética refinada y casi cifrada en su barroquismo erudito, al gusto alejandrino.

En L. A. de Cuenca, Euforión encuentra un traductor escrupuloso y simpaticante con ese quehacer poético, que nos es dado conocer de modo tan ruinoso. Sus traducciones saben conservar ese tono irónico a veces, exótico otras, delicado otras, que colorea el mensaje del viejo autor con un brillo personal. Los detalles eruditos quedan siempre aclarados en las notas, de *realia*, o de interpretación filológica o poética. Como ya hemos indicado, no encontramos en éstas ningún exceso divagatorio, sino que nos parecen siempre muy medidas y oportunas. Por otra parte, el lector agradece la claridad de la prosa del comentador, tanto en estas notas como en la breve introducción. Como ejemplo puede leerse cuanto dice a propósito de la «manera poética de Euforión» en p. 20 y ss.

Quisiera añadir que el libro incluye una cuidada bibliografía y varios índices (de títulos de las obras, de fuentes, de nombres propios y de palabras del texto

de Euforión), además de una tabla de correspondencias de los fragmentos numerados en esta edición respecto a las anteriores.

Es este un tipo de trabajo poco frecuente entre los jóvenes filólogos clásicos españoles, que es justo apreciar en todos sus méritos, por cuanto significa de aportación útil a los estudios clásicos. También merece elogios la pulcra presentación.

CARLOS GARCÍA GUAL

J. F. KINDSTRAND.—*Bion of Borysthenes. A Collection of the Fragments with Introduction and Commentary*. Uppsala, 1976. 310 pp.

Verdaderamente la obra que Kindstrand (K.) nos ofrece aquí era necesaria; pero es mucho más que lo que el título dice; es un prodigio de análisis científico en la edición del texto de un autor fragmentario. Habitualmente este tipo de obras se limitan a una reimpresión de las ediciones que nos ofrecen esas citas, sin un análisis serio, sin un comentario adecuado,... pero K. en cambio estudia con esmero cada fragmento, lo desmenuza cuidadosamente para, y esto es importante, llegar, tomándolos como base, a conclusiones sobre el autor, en este caso Bión Boristenita.

Como el título indica, la obra está dividida en tres partes. La primera se inicia con un estudio exhaustivo de la vida de B. y su formación, siguiendo con un cuidadoso trabajo sobre el carácter de su obra, pasando a ver las relaciones del autor con la Academia y con las escuelas cínica, cirenaica y peripatética, para concluir (p. 73) que «Bión es básicamente un filósofo, no un sofista o un rétor» y que B. «puede ser llamado un cínico sin las habituales reservas» (p. 77). Antes de los fragmentos viene una parte (pp. 88-96) «Principios para la colección de fragmentos», en la que se tratan cuestiones de principio (tema que raramente se encuentra en este tipo de ediciones, citando, p. 89, n. 7, una correcta excepción: Edelstein-Kidd, *Posidonius*, Cambridge, 1972); este capítulo es, sencillamente, un modelo que debería ser seguido como canon en lo sucesivo para quien pretenda hacer una seria edición de un autor fragmentario.

El texto griego (pp. 103-130), dividido en tres partes: Vida de Bión de D. L., Testimonios y Fragmentos, está cuidado al máximo, presentando un total de 81 fragmentos (frente a los 52 de Mullach), mayoritariamente procedentes de Teles y D. L. Las citas son siempre correctas, la clasificación excelente, el aparato crítico utilísimo y adecuado, las ediciones seguidas son las mejores posibles; en fin, un auténtico placer de edición.

En el amplísimo comentario (pp. 133-298), la erudición está perfectamente utilizada y no es, en absoluto, gratuita, sino que sirve adecuadamente de apoyo al texto. Tal vez esta sección de la obra sea demasiado dependiente del diccionario de Liddell-Scott-Jones, que K. utiliza con singular maestría. Algún pequeño complemento a su comentario: sobre σχολαστικός (p. 137), A. Claus 'Ο σχολαστικός Diss., Köln 1965; sobre αἴρεσις (p. 165), *ZPE* 18, 1975, p. 142 y Didym. en *ZPE* 1, 1967, p. 34; sobre βαιός (p. 171), Phld., *De diis* (ed. Diels) 1.19.26; sobre ἀναστρέφω (p. 198), A. Dysc., *Synt.* 138. 5 y 293. 18.

En resumen: una excelente obra, trabajada con sumo cuidado, con un exacto comentario que se ve que es solamente una parte de los materiales que K. manejó, con una edición modélica de fragmentos... en dos palabras, una magnífica obra.

ANÍBAL GONZÁLEZ

*M. Valerii Martialis Epigrammaton Liber primus*. Introducción, texto, aparato crítico de M. CITRONI. Firenze, La Nuova Italia Editrice, 1975. Biblioteca di Studi Superiori, vol. LXI, XCII + 390 pp.

Disponemos, por fin, de una edición comentada de Marcial, bien que limitada al libro primero, cuya necesidad se hacía notar puesto que el envejecimiento de la de L. Friedländer (1886), recientemente reimpressa, era patente por más que su utilidad no haya decaído con el paso de los casi diez decenios que la separan de la edición que nos ocupa y que, por otra parte, continúa siendo preciosa para el resto de la obra de Marcial.

Abre esta edición de M. Citroni una introducción consagrada en su primera parte al estudio de dos aspectos del texto en conjunto. El primero de ellos atañe a la cronología del libro primero aceptando en función de I 22 un término *post quem* para su publicación entre finales del año 85 y principios del 86 y proponiendo que los libros II y III pudieron aparecer a continuación hasta el año 88, en el orden en que se han conservado en cuanto libros, no así en cuanto cronología de los epigramas contenidos que debe quedar sujeta a matizaciones. Especialmente interesantes en este apartado de la introducción resultan los problemas, analizados con excesiva prudencia, de la formación del *corpus* tal como ha llegado a nosotros, donde concluye el autor que, al menos para el libro que nos ocupa, las refacciones de Marcial fueron escasas en las ediciones que siguieron a la primera. El segundo aspecto tocado en esta visión preliminar es el referido a los temas que no pueden desligarse del completo estudio que realiza del orden de los epigramas; merecen destacarse en cuanto a la temática las deducciones que consigue extraer el editor de la frecuencia relativa de *exempla* y los resabios estoicos que incluso a través de éstos pueden detectarse. Por lo que al orden de los epigramas se refiere, el problema es arduo dada la complejidad de posibles relaciones que no han dejado de ser observadas. M. Citroni procede, sin embargo, de un modo especialmente claro y económico dado que la revisión, de acuerdo con el orden mismo correlativo que han conservado en la tradición, le permite observar la agrupación de epigramas hasta el número 28 en frecuentes grupos de 3 y, a partir de este momento, por más que entre 44 y 61 se denote una tendencia a unir los epigramas por parejas, no se advierte intención de agrupación en el libro que no alcanzará ya en ningún caso la regularidad aparente de los 28 primeros epigramas.

De ámbito más general por cuanto atañe a todo el texto de Marcial, aunque se limite en principio al libro primero, es la parte dedicada a la tradición. Hemos de reconocer que realmente el esfuerzo del editor ha sido muy notable de acuerdo con la necesidad que —como él mismo destaca en la advertencia— sintió no tanto de una mejor fijación del texto como de una mayor información en forma

de aparato crítico de la transmisión del mismo. Realmente puede afirmarse que M. Citroni ha conseguido superar de modo definitivo y enriquecer con nuevas aportaciones la edición de W. M. Lindsay y las que hasta el momento le han seguido, en todas las cuales su influencia es evidente especialmente por el condicionamiento que comporta la disposición del aparato en el que Lindsay consiguió tan sólo las variantes de los arquetipos reconstruidos de cada una de las familias y no las de los códices concretos como hace Citroni, recurriendo a estas lecciones sólo en caso de duda en la atribución de una de ellas al arquetipo. La clara fijación de los criterios seguidos en esta edición permite reconocer perfectamente los límites de esta rica información de la que ahora dispone el estudioso en esta nueva disposición del aparato crítico de Marcial, en una edición que, si bien no presenta novedades clamorosas por lo que a texto respecta ni en principio tampoco en lo que concierne a las líneas maestras de la tradición manuscrita, es paradójicamente innovadora por esta posibilidad de crítica y profundización que abre al lector.

Sería tarea desmesurada querer hacer, por breve que esta fuera, una descripción de la abundancia, puntualidad y precisión del comentario; señalaremos en consecuencia tan sólo su disposición y algunos de los aspectos más notables.

Muestra especialmente interesante por estar ligada a la temática hispana puede ser 1,49, es decir, el propémtico dedicado a Liciniano, donde el esfuerzo de comentario, amén del completo aparato crítico, se centra en la identificación lingüística y geográfica de los topónimos con un excelente estado de la cuestión en cada uno de los casos acompañado por una completa y adecuada bibliografía, precedido todo ello por una introducción que, por otra parte, recoge las dificultades prosopográficas que presenta Liciniano y las de la tópica característica de una composición de este tipo. Podemos ejemplificar también, en la misma línea, con I 61 y I 8. Definitorio resulta también el seguimiento del tema de las liebres y los leones I 6, 14, 22, 44, 48, 51, 60 y 104.

Los índices que siguen a esta edición contribuyen a un manejo más fluido dentro de la forzosa complejidad de la misma y, en algunos casos —tal sería el de la métrica— permiten seguir de forma coherente una temática dispersa que podría incluso haber merecido un tratamiento particular; de ello son buena muestra las agrupaciones léxicas.

Es casi ocioso afirmar, a la vista de lo hasta aquí expuesto, la indispensabilidad de esta edición y aún el expresar el deseo de que puedan seguir a esta edición del libro primero las de los restantes libros para poder en el menor plazo posible, disponer de unos instrumentos de trabajo que, como el que nos ha ocupado, son un seguro fermento de progreso.

M. MAYER

OVIDE.—*Halieutiques*. Texte établi, traduit et commenté par E. DE SAINT-DENIS.  
París, Les Belles Lettres, 1975, 68 pp.

Si es cierto que en la edición de textos clásicos es de suma conveniencia un conocimiento cabal del asunto sobre el que versa la obra cuyo tenor literal se pretende fijar, nadie habrá que en justicia discuta tal requisito al profesor De Saint-Denis: su dedicación a los temas ictiológicos tiene, por fortuna, más expo-

entes que la excelente monografía *Le vocabulaire des animaux marins en latin classique*, París, 1947. Quien reseña no sabe de filólogo con mayores títulos y equipamiento para aceptar el desafío de los 134 versos de este *Halieuticon liber*, difícil y curioso berrendo en cinegético. Es la limitación de espacio, que no ruina el deseo de silenciar méritos (véase, por citar un ejemplo instructivo, la encomiable defensa de *conger* allá por el v. 115), la que demanda entrar de hoz y coza en la discusión de algunos pasajes todavía inspiradores de desasosiego:

v. 95 *hippuri celeres et nigro tergo milui*. Se me antoja claro que *miluus* se aplicaba a más de un pez en latín, y no veo contraindicación para no igualarlo en este pasaje con nuestra 'melva' (noticia que extraigo de una nota etimológica de A. Santamarina [en M.<sup>a</sup> C. Ríos Panisse, *Nomenclatura de la flora y fauna marítimas de Galicia. I Invertebrados y peces*, Universidad de Santiago de Compostela, 1977, 340]). A decir verdad, encuentro igualmente probable la identificación (F. Capponi, *P. Ovidii Nasonis Halieuticon II*, Leiden, 1972, 408-414) con el 'pez obispo' (*Pteromylaeus bovinus* Geoff.); dudo con todo si *nigro tergo* no haría alusión al agujón venenoso (que suelen tener en la base de la cola los de la familia Myliobatidae, cf. J.-G. Lythgoe, *Fishes of the Sea*, London, 1971, 49), más bien que a la tonalidad oscura de la librea.

vv. 109-110 *tum uiridis squamis paruo saxatilis ore et/rarus faber...* Por razones análogas a las desplegadas en el v. 122, rompo lanzas por el ya añejo parecer de G. Schmid («Die Fische in Ovids Halieuticon», *Philologus* Supplbd. 11,3, 1909, p. 296) en el sentido de que la descripción *tum... ore* va bien referida a *rarus faber* de 110, por más que «nur paruo ore scheint nicht zuzutreffen». Para despachar la objeción de que el 'pez de San Pedro' no muestra una boca precisamente pequeña, permítaseme señalar una vía de solución que supone una falta de copista tanto sencilla de ocurrir (cf. mss. de Lucr. IV 517 y Hor., *Ars* 36): el trueque de *prauo* por *paruo*. En mi entender, para abono de una alteración tan modesta bastaría con recordar que el *Zeus faber* L. gasta «amplísima boca, oblicua y pro-tráctil» (R. Lotina Benguria-M. de Ormaechea Camiña, *Peces de mar y de río IV*, Bilbao, 1975, p. 143). El hecho de que *prauus* no aparezca en Ovidio (según De-ferrari-Barry-McGuire, *A Concordance of Ovid*, Washington, 1939) no me desalienta, ya que la tesis de la paternidad ovidiana del poema carece de consistencia<sup>1</sup>.

vv. 122-123 *atque auium dulces nidos imitata sub undis | et squa <mas> tenui subfusis sanguine nullus*. Es doble ahora el motivo de la alarma: (i) la perfrasis

<sup>1</sup> De refutarla una vez más se ha ocupado recientemente J. A. Richmond («The Authorship of the Halieutica Ascribed to Ovid», *Philologus* 120, 1976, pp. 92-106); entre otros argumentos aduce, p. 94, una lista de 13 palabras «(most of which are not remarkably unusual in themselves) not to be found in Ovid's works». La defensa de De Saint-Denis decepciona por su fallo en anular las demolidoras conclusiones del análisis prosódico y métrico de J. Soubiran (cf. *Introduction*, pp. 21-24): estado actual fragmentario no es lo mismo que obra inacabada por el autor. Además, hace flaco favor a Plinio admitir que leyó Hal. sin siquiera dudar de su autoría, porque ello conlleva conceder que uno de los romanos más leídos de su tiempo pudo dejar de advertir tan escandalosas deficiencias de versificación (cf. A. E. Housman, *CQ* 1, 1907, pp. 275-278 = *The Classical Papers II*, pp. 698-701). De ahí que, por conciliar, me pregunte si *Nat.* XXXII, 152 «... ubi id uolumen supremis suis temporibus inchoauit» no reflejará un intento de superar la oposición entre tradición y razón mediante la fórmula de compromiso de que Ovidio no vivió para pulir un primer borrador (el «rough draught» de S. G. Owen [*CQ* 8, 1914, p. 267]).

de 122 se hace muy dura de digerir en un poema didáctico y en versificador que llega a violentar la estructura prosódica de varios *nomina piscium* para acomodarlos al hexámetro (cf. Richmond, *Hermes* 96, 1968, pp. 347-350) y, supongo, evitar las alusiones; (ii) una tipografía como la de 123 extraña en palabra usual y sin nada en los alrededores capaz de forzarla. Encarada la tradición sin prejuicios, he llegado a columbrar una situación como la que, sin poder aventar las incertidumbres que este tipo de manipulaciones suscita, someto al juicio de otros de olfato y erudición más afinados:

<i>atque auium dulces nidos imitata sub undis</i>	122
<phycis, quin> <i>tenui subfusos sanguine nullus</i>	123a
<i>et squa &lt;tina(e) . . . . . &gt;</i>	123b

Dejado *quin*, cuyo empleo en enumeración documenta el v. 113, la reposición en cabeza de la línea 123a del nombre del pez (garantizado por Plin, *NH* IX 81 'phycis... Eadem piscium sola nidificat ex alga atque in nido parit') contestaría a la primera dificultad. Y paso a la segunda: simultánea con la pérdida de aquél (uno imagina que el parecido, en la restitución de arriba, de los segmentos *-squin-tenui* y *squatina(e)* facilitaría al escriba el salto de un verso y el retorno al anterior), se produce la ensambladura de 123a con el inicio de 123b (= *et squatina(e) tenui...*) y la desaparición del resto de éste; más tarde cae *-tina(e)* por una fácil haplografía ante *tenui*. (Accidente similar, pero de mayores proporciones, debió de ocurrir al v. 44, que Richmond desdobra en su edición [*The Halieutica Ascribed to Ovid*, London, 1962].)

Por las dudas que motivaron los escauceos anteriores, y otras de obligada omisión por el momento, hay espacio para afirmar que aún queda rabo por desollar en Hal. Aunque hace la décima en lo que va de siglo, cumple recalcar que si esta novísima edición no alcanza la nota (provisional) de definitiva, en las precarias condiciones de transmisión del texto sonaría a desmesura responsabilizar a De Saint-Denis. Ahora bien, la palpación de su acabado dominio del tema deja la impresión de que, en el tratamiento de áreas con deterioro presumiblemente reversible, se han perdido aportaciones de enjundia por no desobedecer las reconveniones de la prudencia y buscar la corta distancia con decisión. Cierto que no se reduce a enmendar la tarea del editor, pero forma parte de ella; y el aferrarse por sistema a la tradición como cura de la arbitrariedad de las innovaciones es recurso que, huérfano de sustento teórico, lleva al mismo vicio que trata de prevenir<sup>1</sup>. Por ello estimo que un pellizco de audacia controlada es ingrediente que podría haber conferido sabores de distinción a un trabajo por lo demás de calidad. Y magistralmente sobrio en la exposición.

RAMÓN BALTAR VELOSO

<sup>1</sup> Una muestra de lo cual tal vez sea el desalojo de *lepores* —cuya imposibilidad en 126 (*tum lepores lati*) desarrolla primorosamente el editor— en base a la glosa de Plin. XXXII, 152 *epodas (B eporas Rd) lati generis*. Para mi gusto, se corre alto riesgo de favorecer a un 'ghost-word' (*epodes*): en la sustitución de lo absurdo por lo ininteligible el acierto depende del azar; en el lance contrario simplemente no existe. (Así, cuando Birt y Richmond [*Hermes* 99, 1971, p. 137, n. 1] creían arreglar las cosas con *lepores* en ambos sitios, en realidad estaban proponiendo una nueva contradicción en Plinio; cf. De Saint-Denis, *Vocabulaire*, p. 55).

VIRGILE.—*Le livre I de l'Énéide. Texte latin avec un plan détaillé et un commentaire critique et explicatif*, par GUILLAUME STÉGEN. Namur, Maison d'Éditions ad. Wesmael-Charlier(S. A.), 1975, XXII + 385 pp.

Estamos ante un nuevo comentario de Guillaume Stégen sobre una obra de Virgilio, esta vez sobre el libro I de la Eneida. Conocida es la labor virgilianista de este profesor belga, especialmente dedicado con anterioridad al estudio de las Bucólicas —recordemos su *Etude sur cinq Bucoliques de Virgile* de 1955, su *Commentaire sur cinq Bucoliques de Virgile* de 1957 y su *Virgile. Les Bucoliques 1, 3, 5 et 10* de 1964—, si bien ya en 1970 dio a la publicidad un interesante estudio del libro IV de la Eneida —*Le Plan du IV<sup>e</sup> livre de l'Énéide avec un commentaire*—. En la misma línea de este su último estudio se halla el comentario del libro I de la Eneida que ahora reseñamos y cuyo índice de materias resumimos a continuación con vistas a facilitar la formación de una más completa y objetiva idea del mismo.

Tras una Introducción de XXII páginas en que el autor nos adelanta lo que va a ser su obra y ofrece la bibliografía consultada o citada, tenemos el comentario propiamente dicho (pp. 1-340), que consta de las siguientes partes: un Prólogo titulado «Deux cités ennemies» (vv. 1-22); la I Parte o «Les Troyens en Afrique» (vv. 23-401), subdividida a su vez en varios capítulos dedicados a 1) los enemigos de los troyanos (Juno y Eolo, vv. 23-123), 2) sus salvadores (Neptuno y Eneas, vv. 124-222) y 3) divinidades auspiciadoras del destino troyano (Júpiter y Venus, vv. 223-401); la II Parte o «Enée et Didon» (vv. 402-756), estructurada igualmente en tres capítulos: 1) el encuentro (vv. 402-504), 2) la amistad (vv. 505-655) y 3) el amor (vv. 656-756); por último, encontramos unas conclusiones y unos índices: de contrastes, general y de materias. •

Parte G. Stégen en su introducción del supuesto —supuesto que constituía ya el centro de su *Le Plan du IV<sup>e</sup> Livre de l'Énéide*— de «qu'il y a un ordre dans les divers éléments qui composent l'Énéide... et on peut affirmer que grace à cet ordre, le poète a prévu avant même de commencer à écrire les vers quel serait le contenu de toute l'oeuvre, comment elle serait composée» (p. VII). A probar la veracidad de tal aserto así como su continuo cumplimiento a lo largo de los 756 versos del libro I —como de cualquier otro libro— de la Eneida, se orienta primordialmente el comentario de Stégen. En tal actitud creemos encontrar una influencia bastante considerable de la interesante obra de Duckworth —*Structural Patterns and Proportions in Vergil's Aeneid: A Study in mathematical composition* de 1962—: así como Duckworth demostraba en su obra que Virgilio había compuesto la Eneida basado en el principio de una proporción matemática y que «cada uno de los libros, lo mismo en sus trozos más pequeños que en las divisiones más amplias, revelaba la existencia de la famosa razón numérica», de la misma manera Stégen, tomando como principio fundamental del supuesto orden o plan de la Eneida el reiterado y sabio empleo por parte de Virgilio de elementos contrarios, los llamados «contrastes»: «Non seulement l'oeuvre entière, mais encore chaque détail, chaque idée, chaque fait soient développés en opposant deux éléments contrastés, de façon à former un tout. C'est ce que je crois avoir reconnu dans le livre I» (p. X).

A propósito de tales afirmaciones, hemos de precisar por nuestra parte que si bien estamos de acuerdo con Stégen en la existencia de un plan preconcebido en la Eneida —cosa por lo demás perfectamente natural en cualquier obra de arte—

nos permitimos diferir del mismo cuando pretende llevar este postulado a los límites de un formalismo que creemos exagerado, extremo este que le ha sido ya reprochado a propósito de su comentario del libro IV, que nosotros sepamos al menos, por Marthe Schoenfeld (cf. *Ludus Magistralis* 40, mai-juin 1973, p. 15). En tal sentido creemos inútiles sus disquisiciones en torno a las diversas divisiones y subdivisiones que se han hecho por los diversos autores sobre el plan o estructura del libro I de la Eneida: creemos que todas ellas son igualmente válidas y defensibles, desde la de Duckworth y Quinn en tres partes hasta la de Cartault en 17 y Lejay en 24, por referirnos a los casos más extremos. Es esta una idea, por lo demás, que ya tuvimos ocasión de manifestar en nuestra Memoria de Licenciatura (*Estudio estilístico del libro I de la Eneida: imagen visual y artificios de orquestación*, inédita, Granada, 1968, p. 41), cuando nos permitimos discrepar en ella precisamente de la división en unidades o conjuntos de significación que de este mismo libro I hacía el director de la misma, prof. Hernández Vista (cf. *Figuras y situaciones de la Eneida*, p. 117).

Por lo que se refiere al texto latino, si no<sup>a</sup> va acompañado de un aparato crítico, sí al menos lo ha cotejado el autor con el de otras tres importantes ediciones —las de Goelzer, Mynors y Geymonat—, si bien, pecando tal vez de conservadurismo, no introduce ninguna nueva conjetura. Se inclina por ofrecer el texto correspondiente delante de cada «paragraphe» —lo que nosotros llamamos «unidad de significación»—, en lugar de recoger el texto conjunto del libro al comienzo de la obra: este procedimiento permite una mayor comodidad de manejo y facilidad de consulta y cotejo del texto a la hora de hacer el comentario del mismo.

Tras el texto latino de cada «paragraphe» Stégen nos ofrece «le plan» del mismo. A propósito de tales planes podríamos decir lo que ya H. Bardon apuntó a propósito del *Commentaire sur cinq Bucoliques* del mismo autor: los encontramos de una «inquiétante scolarité» (cf. *Latomus* 16, 1957, p. 498), ya que, según declaración del propio Stégen en su introducción, se trata de «une paraphrase aussi complète que possible, en prose, du texte latin». Subrayaríamos, no obstante, por su interés la puesta de manifiesto en tales planes de los diversos contrastes que constituyen la estructura misma del poema, lo que por lo demás no comporta novedad alguna, ya que había sido ya anteriormente subrayado por autores como Cartault (pp. 104 y 328, n. 3) y Marouzeau (p. 251).

Finalmente, por lo que respecta al comentario, realizado verso por verso y con gran profusión, es con mucho la parte no sólo más extensa sino también la más acertada y conseguida de la obra de Stégen. Si bien es cierto que tal comentario se reduce estrictamente a la parcela del significado, con todo lo que de infraestructura socio-cultural pertenece al poema virgiliano —no quedando apenas lugar alguno para el comentario lingüístico o del significante, lo que, si bien a nosotros personalmente nos ha defraudado un tanto, no podemos reprochárselo al autor porque es algo que no se propuso nunca realizar, tal y como lo acredita la línea de sus trabajos ya publicados con anterioridad—, también es no menos cierto que el aspecto del comentario tenido en cuenta es analizado y estudiado con gran abundancia de datos, crítica de la mayor parte de comentarios realizados con anterioridad y no menor acierto y profundidad en las interpretaciones personales emitidas por el autor.

Las conclusiones (pp. 341-359) a que llega Stégen están basadas en ejemplos demasiado numerosos y elocuentes del texto virgiliano como para que nos permitamos dudar de las mismas.

En la misma línea del comentario están orientados los índices —el general y el de contrastes—, echándose fuertemente de menos un índice independiente de autores citados, tanto antiguos como modernos, que Stégen recoge fundido y muy pobremente por cierto con el índice general o de materias.

En resumen, podemos decir que este nuevo comentario del libro I de la Eneida es un estudio serio, bien realizado y documentado, al que para ser el excelente comentario que nosotros, al menos, esperábamos, dado el notable volumen del mismo, sobra algo de esa «inquiétante scolarité» que le reprochaba ya H. Bardon y falta una mayor atención al comentario lingüístico excesivamente descuidado.

Sin embargo, a pesar de estos y otros reproches que se le pudieran formular, creemos estar ante un buen comentario —sobre todo en su género de «commentaire critique et explicatif»— del libro I de la Eneida, y contra lo que se podría creer, la existencia de tal plan u orden no impide que se pueda degustar la poesía y el arte virgilianos, sino que, antes al contrario, parece ser un elemento más de los innumerables principios básicos que encontramos en la estética del poeta latino.

J. GONZÁLEZ VÁZQUEZ

GAGLIARDI, DONATO.—*M. Annaei Lucani Belli civilis liber VII*. Bibl. di Studi Superiori LXIII, Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1975, XXVI + 125 pp.

Con notable consenso se viene señalando el libro VII como el culminante entre todos los del poema (así, Dick, Rutz, Guillemin, Rambaud y un largo etcétera según Holgado, que comparte la opinión). Ello lo ha hecho, desde tiempo ha, parte importante en los comentarios generales y estudios monográficos sobre Lucano. En cambio, el libro en sí no contaba en particular con otro comentario importante que el que a comienzos de siglo le dedicó Postgate y que ya en 1913 mereció una segunda edición; no es de extrañar que la abundante bibliografía desde entonces aparecida aconsejara una reelaboración, que, llevada a cabo por Dilke en 1960, era iterada también pasados cinco años. Se hacía difícil, sin embargo, amoldar a una obra concebida hace tres cuartos de siglo los adelantos habidos durante él: no sólo representan, en efecto, sustanciales mejoras en los instrumentos de trabajo —edición crítica comentada de Housman, concordancias de Deferrari, índice de palabras de Mooney, publicación de las glosas de Arnulfo— que pueden aprovecharse para la interpretación de muchos pasajes detallados, sino una notoria nueva toma de posición ante el poeta mismo y su obra.

Así se aprecia a lo largo de la aportación de Gagliardi: su visión de Lucano como «poeta de la libertad», como había intentado caracterizarlo en una monografía anterior —también con honores ya de segunda edición—, informa la presente aportación en casi todas sus partes y ya desde la Introducción misma. Naturalmente, ésta no se ciñe sólo al libro VII, sino que lo enfoca desde una amplia visión del poema entero. De alcance general son también los breves capítulos dedicados a la tradición manuscrita, escolios, *Vitae*; en cambio, sí es más bien especializada la bibliografía, muy nutrida, pese a referirse, por lo general, sólo a la aparecida después de la recapitulación de Rutz. El sucinto aparato crítico se limita intencionadamente a las variantes con posible repercusión importante en el sentido. En el establecimiento del texto, Gagliardi ha procedido con rela-

tiva independencia, sin sentirse atado por ninguna de las grandes ediciones de la Farsalia en particular, pero rehuendo, por otra parte, la conjetura personal. Esto cuadra con el talante generalmente conservador de su actitud ante la transmisión frente a transposiciones y atetizaciones tan frecuentes en este libro por parte de editores famosos: sólo 154, 161, 200, 257-258 y 796 son rechazados; una reserva análoga se mantiene frente a la admisión de conjeturas al margen del texto de los códices. Sólo 168-170 le parecen desplazados.

El comentario es penetrante y documentado, y consigue la meta que el autor declara haberse propuesto: que —a diferencia de Postgate— no se le esfume el poeta en medio de los detalles de su obra. Varios «hilos conductores» presentados en la Introducción afloran abundantemente: negativa a admitir el pro-pompeyanismo del poeta, especialmente en el sentido programático que le atribuye Martí y que de ella aceptaron Brisset y Rambaud, de que en este libro se produzca la «purificación» de la personalidad del Magno que sería presentado como el *proficiens* estoico; abundante influencia de Salustio en este libro que canta precisamente una batalla decisiva; versificación exquisitamente trabajada y con abundante aprovechamiento de los recursos fónicos de la lengua: es posible que más de una vez haya sido Gagliardi excesivamente sensible a la armonía imitativa, a la que hace capaz de muchas matizaciones incluso enfrentadas; pero, sobre todo, caracterización de Lucano como poeta de la libertad, de acuerdo con una idea que tan sorprendente habría sido para el partido de los *populares* en la Roma de las guerras civiles: a esta caracterización se dirige el epílogo de la p. 120 que, a modo de los epifonemas del propio Lucano, remacha una figura que tan rara habría sido para los contemporáneos que verían en él al fautor de la «oligarquía senatorial» —y al filólogo actual, que recuerda cómo, a distancia de menos de un libro, ha colocado en los Campos Elíseos a Sila, y en los tormentos a los tribunos «revolucionarios», por boca del redivivo en la escena de la maga Ericto—.

Esta idealización no impide, sin embargo, que del comentario se desprenda habitualmente una justa calificación de la actitud de Lucano en cuanto a la veracidad de los hechos: cf., como ejemplo, v. 14, frente a las disculpas de Pichon. En otro orden de cosas, son también acertadas las interpretaciones de 310, 335 y 566-567, si bien aquí no lo sea la justificación: César no sería cruel hasta con los suyos si antes, con Braun, ha admitido que *multorum* se refiere precisamente a los pompeyanos. Otras discrepancias (v. 4 *uoluit* es lógico; «avrebbe voluto» no es una mera atenuación, antes marca sobre el regente la irrealidad del regido; 72 *tam longo tempore*, no metrismo: el abl. de dur. era ya correcto; 76 no es lo mismo *de superis timere* que *superos timere*; 117 *funesti* no es superfluo: una vez más denuesta la guerra civil; 646 no hay tal «período mixto»: la apódosis es irreal impresiva «¡habernos dado también unas guerras!» no empañan el mérito del conjunto.

S. MARINER

HÄGG, TOMAS.—*Photios als Vermittler antiker Literatur. Untersuchungen zur Technik des Referierens und Exzerpieren in der Bibliothek, Studia Graeca Upsaliensia*, 8, Uppsala, 1975, 218 pp.

T. Hägg, que ya nos había dado una excelente muestra de su rigor y minuciosidad en el estudio filológico en su *Narrative Technique in Ancient Greek Ro-*

*mances*, Estocolmo, 1971, se enfrenta aquí a un nuevo tema: los resúmenes y extractos de Focio. Y lo hace con esa misma precisión y claridad en el análisis que había demostrado en su obra anterior.

Antepone a su introducción una cita de P. Lemerle: «Presque tout est encore à dire sur Photius», una afirmación que alude bien claramente al hecho de que, a pesar de la innegable y reconocida importancia del patriarca bizantino como transmisor de tantas obras literarias de la Antigüedad, hoy conocidas por sus resúmenes, son escasos los estudios precisos que sobre Focio poseemos. Por esto, este libro viene a llenar un cierto hueco y, a la vez, se ofrece como contribución para posteriores indagaciones sobre el tema.

Para precisar la técnica de Focio en sus resúmenes, aquí se estudian las referencias a aquellas obras que hemos conservado en su texto, comparando las citas y resúmenes de Focio con la obra original. El texto fundamental estudiado es la *Vita Apollonii* de Filóstrato, del que Focio da un breve resumen (en el código 44) y dos series de citas: una de pasajes interesantes por su contenido, y otro de citas de estilo (en el código 241). El análisis de estos resúmenes y extractos, en comparación con el original, ocupa cerca de la mitad del libro (pp. 15-124).

En la segunda parte del mismo se confirman los resultados obtenidos en ese minucioso análisis con otros ejemplos: extractos de Metodio (cód. 236-237), Himerio (cód. 243), Plutarco (cód. 245), y Elio Aristides (cód. 246), y resúmenes, como el breve del código 209 sobre discursos de Dión de Prusa, o los más largos del código 63 de textos de Procopio y del código 238, de Josefo.

Realmente son muchas las notas que este análisis detallado permite advertir y muy variadas: desde advertencias válidas para la crítica textual (cf. pp. 43-63) a comentarios más amplios sobre la manera de trabajar de Focio, en sus lecturas y dictados.

La triple referencia de Focio (en su *Kurzreferat*, sus *Sachexzerpte* y sus *Stillexzerpte*) a la *Vida de Apolonio* permite describir bien el especial modo de resumir de éste, así como qué temas eran los que atraían su atención y qué escapaba a su interés personal en la obra de Filóstrato. Mientras que las consideraciones filosóficas, las preocupaciones religiosas y las alusiones a temas antiguos quedan generalmente preteridas, los pasajes de curiosidades geográficas y otros detalles pintorescos son la base de los extractos del contenido. Los tres tipos de referencia permiten, combinados, obtener una idea mucho más clara del original que la que obtendríamos de uno cualquiera de ellos. Lamentablemente no podemos contar con estas referencias dobles o triples para ninguna otra de las obras antiguas ni para aquellas cuyo original se nos ha perdido.

La confrontación de los pasajes citados por Focio y los del original permiten una visión bastante concreta sobre el modo de trabajar de Focio, que cita literalmente unos pasajes, pero que modifica en su lectura algunas frases con una característica manera de leer y citar. En conjunto la distinción entre «resumen breve» y «resumen analítico», o «extractos de contenido» frente a «extractos de estilo» es clara y muy útil. Focio, que tan a menudo resulta un hábil crítico en cuanto a calificar un estilo literario, es desde luego muy personal en sus extractos. Hägg nota con destreza los ecos verbales del original en los resúmenes, y a la vez las modificaciones que el resumen introduce.

En las últimas páginas (195-204) Hägg recoge sus conclusiones, tras detenido análisis de las referencias, recordando los peligros de un uso poco crítico de los resúmenes de Focio para la reconstrucción de obras perdidas, y la validez de las

distinciones aquí trazadas, que nos permiten advertir, mucho mejor que hasta ahora, el método y la técnica del patriarca bizantino, lector directo de tantas obras y resumidor bien intencionado pero con unos intereses peculiares en la información que transmite.

En una nota (p. 195), Hägg promete intentar en otra oportunidad un estudio de los resúmenes que Focio da de las novelas de Jámblico (cód. 94) y Antonio Diógenes (cód. 166). Aguardamos con impaciencia esos análisis de textos que son nuestra única fuente para esas obras perdidas, considerando el notable progreso para conocer la técnica de Focio que representa un libro como el que ahora comentamos, libro tan interesante para el filólogo clásico como para el dedicado a la filología bizantina.

CARLOS GARCÍA GUAL,

*Cronaca di Monemvasia*. Introduzione, testo critico, traduzione e note a cura di IVAN DUJČEV. Istituto Siciliano di Studi Bizantini e Neellenici, Testi 12, Palermo, 1976, XLVII + 36 pp.

La *Crónica de Malvasia* (empleamos el romanceamiento con que ya nuestros clásicos nombraban al puerto de Morea y al mosto famoso que de él venía) es, en su brevedad, uno de los textos más polémicos de la historiografía bizantina. Gracias al eminente bizantinólogo búlgaro I. Dujčev disponemos ahora de una nueva edición y comentario de la *Crónica* que serán, prácticamente, definitivos.

Sirvió este texto —que hasta entonces sólo se conocía por la edición de Pasini de la versión del cód. 336 b.I.4 (= T), del siglo XVI, de la Bibl. Real de Turín— como proyectil argumental, desde 1845, en pro de la tesis eslavista, en aquel apasionado debate que había abierto J. Ph. Fallmerayer ya en 1830 (fecha de su *Gesch. d. Halbinsel Morea während d. Mittelalters*), sosteniendo la eslavización completa de la península de Morea entre los siglos VI-VIII p. C. A esta tesis, que parecía corroborar la *Crónica*, se opuso desde 1867 K. Hopf quien depreció, por consiguiente, la antigüedad y autoridad del cronicón. Entre estos dos polos han ido oscilando hasta nuestros días las posiciones de filólogos o historiadores, impregnadas a menudo de un «parti pris» nacionalista de contrario signo: eslavófilo o helenófilo. Los problemas de orígenes y cronología de la *Crónica*, la valoración de sus fuentes —históricas y codicológicas— y de sus versiones, el deslinde de las alteraciones e interpolaciones, etc., se imbrican inextricablemente, como es obvio, con los de la intrínseca autenticidad y fidedignidad de sus noticias.

Dujčev trata, paso a paso y de mano maestra, en nutridas páginas introductorias, la historia de cuestión tan controvertida. Pocos han sido los grandes eslavistas o bizantinistas que, de refilón o más de propósito, no hayan tratado de la *Crónica de Malvasia*, siguiendo a los arriba citados y a Sp. Lambros quien, en 1884, dio a conocer otras dos redacciones de ésta conservadas en sendos mss., también del siglo XVI, de monasterios del Monte Athos: el cód. 220 del de Kutilumùs (= K) y el cód. 329 del de Ivion (= Iv), estableciendo, sobre los tres testimonios, un nuevo texto de aquélla. De la nómina, larga e ilustre, entresacamos los de A. A. Vasiliev, N. A. Bees, S. Kujeas (que en un autógrafo de Aretas de Cesarea —c. 850-932— logró identificar un texto afín a un pasaje de la *Cró-*

nica), V. Laurent, M. Vasmer, D. Zakythinós, P. Charanis, S. Kiriakides, K. M. Setton, A. Bon, F. Dölger, G. Ostrogorskij, Paul Lemerle (quien en 1963, después de dedicarle un curso, la reeditó en la *Rev. d. Et. Byz.* 21, pp. 5-49), B. Krekič, G. G. Arnakis, F. Barišić y últimamente, en su *Constantine Porphyrogenitus and his World*, 1973, A. Toynbee...

Este es el asendereado cronicón que, a base de los mss. ya citados y de la llamada *Continuatio romana*, contenida en un ms. del siglo XIII del Colegio Griego de Roma y dada también a conocer por Sp. Lambros en 1912, nos ofrece en su edición modelar Dujčev, pero no integrado en un texto único (la disparidad extrema de las versiones no admite tal reducción), sino en una presentación que, con alusión comprensible, denomina «sinóptica», alineando las distintas redacciones. Las notas y la bibliografía concentran en torno a cada punto el vasto material disperso, surgido de tanto esfuerzo crítico alrededor de la *Crónica de Malvasia*, más las aportaciones del propio editor.

¿Cuál es la postura personal de este respecto a los problemas de forma o de contenido de la misma? Se resume en esto. Trátase de una crónica provincial o local, en su núcleo originario, que emanó y converge a lo peloponesiaco y se desprecupa de lo constantinopolitano. (Se le asemejan en esto las *Actas* o *Miracula Sancti Demetrii*, otro testimonio gemelo, éste del sitio de Tesalónica por eslavos y protobúlgaros.) La impronta eclesiástica observada en la *Crónica* es tardía y proviene de acrecimientos adventicios sobre la redacción original. La composición de ésta la sitúa Dujčev, en hitos amplios, entre los años 806 y 1084 p. C. y, en términos más restrictos, pero de grande probabilidad, entre el 963/969 y el 1018 p. C. El autor era un cronista docto que aprovechó, según su citación, a Evagrio de Epifanía (c. 536-post 593) y, como ya habían observado otros comentaradores, a Teófanos el Confesor (siglos VIII-IX), sirviéndose también de otras fuentes escritas imprecisables, acaso desaparecidas, y de relatos tradicionales orales. La *Crónica de Malvasia*, aunque sea testigo único para ciertos datos de la presencia eslava en el Peloponeso o de la emigración de los pobladores griegos, al empuje eslavo, a Sicilia o Italia, merece crédito, porque se lo concilian los caracteres internos de veracidad y objetividad del texto y lo garantizan datos concordantes de otra procedencia: arqueológicos, toponímicos, etc.

Nos parecen plausibles las conclusiones del informadísimo editor si éstas no implican, como querría parecer, el asentimiento a una evacuación en masa, durante más de 200 años, de la Morea occidental por su población griega, contra la que se levantan las objeciones, para nosotros sólidas, de G. G. Arnakis (pp. XXXII-XXXIII). La posterior asimilación profunda de los eslavos por los griegos en lengua, costumbres, folklore, etc., no se explicaría si durante estas centurias hubiesen permanecido del todo aislados los invasores, consolidando sus propias peculiaridades idiomáticas o de otro tipo o mejorando su organización social, y no más bien en convivencia disgregadora con pobladores griegos subsistentes en el amplio territorio.

En cuanto a la tradición ms. de la *Crónica*, se nos ocurre que un estudio codicológico de primera mano de los códices atonitas podría quizás iluminar algo este aspecto muy oscuro de la cuestión, por el que, a estas alturas, seguimos enfrentándonos con redacciones muy dispares y demasiado alejadas de lo que sólo conjeturalmente podemos señalar como núcleo genuino de la *Crónica*. Pero esto, asociado por ventura al hallazgo de algún nuevo fragmento, es una dimensión

contingente y futura del mejor conocimiento de la *Crónica de Malvasia*, que la espléndida edición de Dujčev estimula, o que depende sólo de la ἀγαθή τύχη.

ISIDORO MILLÁN GONZÁLEZ-PARDO

*Commedie latine del XII e XIII secolo*, vol. I. Génova, Facultad de Letras, Istituto di Filologia Classica e Medioevale, 1976, 346 pp.

Es este el primer volumen de una importante empresa que abarcará otros tres o cuatro volúmenes más, según nos anuncia el director de la misma, profesor Ferruccio Bertini, que, asistido por un nutrido grupo de colaboradores, quiere rehacer y completar la muy deficiente tarea llevada a cabo por el francés Cohen y su equipo de colaboradores alrededor del año 1930, tarea aquella que culminó con la publicación de quince comedias elegíacas bajo el título de *La «comédie» Latine en France au XII<sup>e</sup> siècle* (París, 1931, 2 vols.).

Hace tan sólo unos meses publicamos nosotros nuestro *Pamphilus de amore* (Barcelona, 1977) y nos referimos entonces a la edición de la misma comedia en la colección de Gustavo Cohen. No tuvimos más remedio (pp. 57-61) que criticar muy duramente a nuestro predecesor francés: Eugenio Evesque, el colaborador de Cohen como editor del *Pamphilus*, no alcanzaba el mínimo rigor o nivel científico exigible al editor de un texto. Pero ahora, por la obra que reseñamos, vemos que doce de los trece colaboradores de Cohen (la única excepción es A. Daim, a quien se debe el texto de *De nuncio sagaci* y el de *De mercatore*) han merecido estos últimos años en opinión unánime de la crítica los mismos cargos que nosotros imputamos a Evesque.

Aplaudimos, pues, el proyecto del profesor Ferruccio Bertini y de su equipo: su tarea pondrá en manos de los estudiosos un *corpus* de las famosas comedias elegíacas medievales y en una edición que merezca la confianza general de los lectores.

Son cuatro las comedias que aparecen en este primer volumen, a saber: la *Aulularia*, de Vidal de Blois, por el propio Ferruccio Bertini; la comedia *De Afra et Milone*, de Mateo de Vendôme, a cargo de Paola Busdraghi; el *Pamphilus*, *Gliscerium et Birria*, por Annamaria Savi; y, por último, *De tribus puellis*, comedia editada por Stefano Pittaluga.

Cada comedia va precedida de una documentada introducción para informarnos de los autores (cuando se conocen, no olvidemos que la mayoría de estas obras son anónimas), de la ambientación histórica, del aspecto lingüístico y, en todo caso y principalmente de la transmisión del texto (manuscritos e incunables) y de las ediciones anteriores con su valoración.

Viene luego el texto latino con su correspondiente traducción italiana.

El aparato crítico, siempre claro y preciso, consigna para las comedias incluidas en el volumen una imagen fiable de la tradición manuscrita o editorial; la elección de los nuevos editores entre los datos que ofrece la transmisión nos parece juiciosa. En suma, todo nos lleva a creer que Ferruccio Bertini y su equipo realizan muy seria y dignamente su tarea.

Es cierto que la tradición manuscrita (incluidas las ediciones incunables) de estas cuatro comedias es relativamente sencilla; vendrán otras obras, como el

*Pamphilus*, de tradición muchísimo más compleja. Pero no dudamos que el método practicado en este volumen se seguirá aplicando con el mismo rigor sea cual fuere la complejidad de los problemas y se coronará felizmente la edición de estas comedias latinas medioevales con la misma dignidad y seriedad científica que se pone de manifiesto en el volumen ya publicado y que el tema reclama urgentemente.

L. RUBIO

## II. LINGÜÍSTICA

CERRI, GIOVANNI.—*Il linguaggio politico nel Prometeo di Eschilo. Saggio di Semantica*. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1976, 155 pp.

Lo primero que debe decir una reseña de este libro es que su título resulta desorientador: no habla de nada de lo que comúnmente se entiende como lenguaje ni como Semántica. Es un estudio filológico más sobre las ideas políticas del *Prometeo*; un estudio apreciable, ciertamente.

Tras un capítulo introductorio en que el autor expone cómo las notas asignadas al tirano en el *Prometeo* son las mismas aludidas por Heródoto y toda la tradición del siglo v, el capítulo II plantea el tema y da la orientación del libro. El autor somete a crítica las interpretaciones del *Prometeo* por Thomson, Longo, Farrington, Podlecki y Méautis (críticos importantes, sin duda, aunque no los únicos ni mucho menos) y a continuación presenta un punto de vista opuesto a todos ellos: Prometeo representa lo antiguo, Zeus lo nuevo. A partir de aquí el autor hace un análisis de la obra que presenta más en detalle su teoría: la apoyatura bibliográfica afecta sólo a los detalles, en lo esencial nos hallamos ante una argumentación a partir, por así decirlo, de cero.

El orden subvertido por Zeus, orden tradicional, es un orden aristocrático: el público «no podía no pensar» de este modo (p. 41); el autor se apoya en pasajes de Teognis en que este poeta ataca la *hybris* de quienes quebrantan el poder de los nobles. En la propaganda aristocrática, los nobles son los amigos del *demos*, violentado por el tirano; y así se explica la violencia de Zeus contra los hombres, el carácter «filantrópico» de Prometeo.

El autor intenta confirmar estas ideas con una comparación con la *Antígona* de Sófocles (p. 57 ss.). Hay en este parangón algunas cosas sugestivas: Prometeo y Antígona defienden una ley precedente y superior a la de los «innovadores» Zeus y Creonte; pero una rebelión contra el poder constituido no deja de ser, al tiempo que digna de elogio en este caso, algo peligroso y condenable. (Antígona debería haberse limitado, dice Cerri, p. 67, un poco ingenuamente, a condenar a Creonte sin actuar contra él). Vienen luego otros paralelismos, que culminan en el carácter injusto que, pese a todo, tiene el castigo de los dos rebeldes.

Pero con esto parece que nos vamos lejos de la interpretación concreta de la obra de Esquilo. Esta se da en el cap. V, «Intransigencia e oportunismo». Pro-

meteo es inflexible, pero también astuto y al final admite una conciliación. Su inflexibilidad era cálculo. En definitiva: Esquilo favorece una solución de compromiso entre la antigua aristocracia y los nuevos poderes, a saber, la democracia moderada, igual que en la *Oresteia*. Con lo que viene a representar no sólo lo viejo, sino también lo nuevo, y no estaban tan equivocados tantos intérpretes de Esquilo.

Pienso —aunque es difícil expresarse brevemente— que hay algo de verdad en todo esto, aunque con exageraciones y distorsiones: la mejor prueba es que, en definitiva, se llegó a una tesis nada original, la búsqueda por parte de Esquilo de una conciliación entre el poder y los súbditos, la antigua aristocracia y el nuevo estatismo, el orden y la libertad, etc. En el detalle habría muchas observaciones que hacer. Creonte es condenado absolutamente, Zeus no. Que sea un «orden aristocrático» el de Prometeo y Antígona es más que dudoso: es un orden enfocado desde el punto de vista de las leyes no escritas, de valor humano general, no desde ningún punto de vista clasista. Que el conflicto sea entre un orden aristocrático y uno tiránico, tampoco es convincente: en estos tiranos, se ha visto varias veces, hay la personificación a nivel mítico del nuevo estatismo que encarnaban un Efilates o un Pericles, personajes democráticos.

El libro, con sus aciertos es, insisto, un tanto ingenuo e insuficiente y no muy bien informado. No quiero insistir demasiado sobre la bibliografía española, desconocida como es usual: *Teatro y Política en Esquilo*, de C. Miralles (Barcelona, 1968), mi *Ilustración y Política en la Grecia Clásica* (citado una vez para un tema marginal), trabajos de A. Tovar, I. Gil, de mí mismo sobre la *Antígona*. Falta bibliografía esencial sobre el *Prometeo* y la *Antígona* (Reinhardt, Ehrenberg, Murray, etc.) que o no es citada o lo es para puntos marginales; sobre la figura mítica de *Prometeo* habría que conocer el libro de Mme. Duchemin (cf. mi reseña en *Emerita* 45, 1977, p. 227 ss.). Este libro de Cerri, como queda dicho, es simplemente el desarrollo de una idea surgida de la crítica de interpretaciones «democráticas» del *Prometeo*; idea que no ha sido debidamente contrastada con tantas y tantas cosas como sabemos sobre Esquilo, las ideas políticas del siglo v, etc.

Quizá lo más importante de todo es el lazo que se establece entre un estado político antiguo (aristocrático para el autor, yo no lo creo: las citas de Teognis demuestran poca cosa) y su reconstrucción en la democracia «religiosa» de un Cimón o un Sófocles.

No hemos mencionado el último capítulo («La verifica: uso político dei miti teogonici») que es, quizá, el más nuevo y atractivo de todo el libro. El estudio de los *Plutos* de Cratino, del *Pluto* y las *Aves* de Aristófanes, del conocido pasaje del *Protágoras* de Platón, hacen ver cómo el mito de Prometeo y otros relacionados fueron usados para exponer los problemas políticos del siglo v: a veces, en conexión con la pieza de Esquilo. Una y otra vez aparece la subversión por parte de Zeus de un antiguo orden y su restauración por el titán. Sigue dejándome escéptico que sea precisamente un orden aristocrático (que nunca se restauró en Atenas ni soñaron en ello Esquilo ni Aristófanes): veo en esto demasiado simplismo, demasiada politización banal. Pocos autores la han padecido tanto como Esquilo.

F. R. ADRADOS

AX, WOLFRAM.—*Probleme des Sprachstils als Gegenstand der lateinischen Philologie*. Hildesheim, 1976, Olms, 304 pp.

Despliega el autor en esta obra bien organizada una historia sistemática, a la que siempre adjunta su crítica oportuna, de las diversas orientaciones y aportaciones que, desde diversos ángulos y perspectivas, en un casi imposible intento de aprehender la esencia o concepto del estilo y de la ciencia estilística, se han hecho en diferentes épocas y países, en conexión naturalmente con la lengua latina, y sobre cuyos resultados me abstengo de decir palabra, preocupado principalmente por no añadir, presumiblemente, confusión a la confusión, cuando por otra parte el presente estudio resulta, dentro de la diversidad, un tanto clarificador.

W. Ax parte primero de consideraciones teóricas acerca del estilo, como las de Morris (*emotividad e intelecto*) y Marouzeau en su famoso *Traité (capacidad de elección; oposición langue/parola; la estilística como «una especie de sicología del sujeto hablante»)*; se pasa revista al escepticismo de Gray («there will be no science of style») y Bionne; a una gramática normativa ha correspondido igualmente una estilística práctica como segundo filtro, que sigue los modelos de César-Cicerón; existe también una estilística comparada (p. 123 ss.), y una consideración del estilo como espíritu de una lengua nacional, por procedimiento deductivo (Weise); a la estilística sincrónica de Marouzeau se opondría la diacrónica de Szantyr; una estilística lingüística y literaria (Bally, Spitzer) a las que no se les puede considerar disciplinas autónomas y heterogéneas (p. 140).

Una apreciable atención requiere la retórica (Lausberg; gramática = «ars recte dicendi»; retórica = «ars bene dicendi»; Volkmann, Dubois). La retórica ofrece una serie de categorías que pueden ser de interés en la descripción estilística (pp. 172, 184).

Asimismo disponemos de una historia del estilo a través de estados de lengua (Norden, Leemann, Chausserie-Laprée), o como fases de la historia lingüística (Devoto, Löfstedt): Cicerón, Salustio, Livio, Tácito; o sobre génesis del estilo (Wölfflin, Gries). Según Tränkle, el cambio de estilo de Livio, pongamos por caso, no es lineal, sino que responde a una *uariatio* contextual.

La estadística presta un gran servicio al estilo, sin serlo todo, sino más bien un trabajo previo; Seitz y Jäkel se preocupan de la forma interna, en conexión con Humboldt; por su parte, Ullmann preconiza un método funcional que apunta a la estructura total de una obra literaria; curiosamente Löfstedt atendió a todos los factores y resulta por ello muy importante (p. 269). En la p. 272 se encuentra una afirmación dentro de esta línea: «La misma palabra y el mismo fenómeno sintáctico o fraseológico no significan estilísticamente lo mismo en dos pasajes (diferentes)».

W. Ax cierra su trabajo con una tanda de preguntas desesperadas acerca de la atribución exacta de la esencia estilística a su objeto y su deslinde. El libro termina con una bibliografía y dos índices, uno de nombres propios y otro de conceptos.

BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS

SAUVAGE, ANDRÉ.—*Etude de thèmes animaliers dans la poésie latine. Le cheval, Les oiseaux*. Bruxelles, Revue d'Études Latines, 1975. Collection Latomus. vol. 143, 293 pp.

Si en alguna ocasión debe el filólogo desplegar exhaustivamente su erudición y hacer gala de su conocimiento profundo de los textos, es precisamente al estudiar un tema como el que trata la obra que nos ocupa. Adelantamos ya desde ahora que estas condiciones se han cumplido sin caer en el peligro que siempre acecha estos casos de componer un mamotreto. La elegancia del autor en la exposición del tema y el orden que preside su trabajo han convertido su monografía en un libro que une al placer de su lectura la enjundia de su contenido. No es novedad el señalar la escasez relativa de estudios sobre los animales en el mundo clásico por más que últimamente hayan venido a sumarse a la bibliografía buen número de aportaciones parciales y visiones generales, como la muy reciente de J. M. C. Toynbee (*Animals in Roman Life and Art*, New York-Ithaca, 1973), además de reediciones de libros ya clásicos como el de O. Keller (*Die antike Tierwelt*, Hildesheim, 1973). El hecho de que el autor centre su estudio en la poesía latina y, dentro de ella, en los dos aspectos más relevantes de su tema en la misma, sí constituye una auténtica novedad junto a su orientación literaria abiertamente anunciada en su propósito inicial. El libro como su título indica está dispuesto en dos partes dedicadas una a cada uno de los temas, cerrándose con unas conclusiones generales. La primera parte incide en el estudio del caballo como elemento de la poesía latina y, a lo largo de sus diez capítulos nos traza una visión del tema que va desde el tratamiento de los nombres poéticos del caballo (cap. I) hasta el estudio de su simbolismo poético (cap. X), deteniéndose en el análisis de lo que podríamos llamar su representación física (cap. II a V), en su integración en unos temas concretos: carrera y guerra (cap. VI), en su relación con el hombre (caps. VII y VIII), y, por último, en la expresión poética de su característica definitoria: la rapidez (cap. IX).

El conjunto de los datos aportados en torno al caballo es revelador, sin embargo hubiera sido quizás útil, al incidir en sus representaciones plásticas, prestar atención a las misivas especialmente circenses, donde además los nombres de los caballos, reflejo de las características físicas y psicológicas de los contendientes, hubieran arrojado algo más de luz a las virtudes atribuidas en la poesía latina al caballo. Por otra parte debemos agradecer a A. Sauvage el haber tocado, aunque de paso, el conflictivo tema del *hippomanes* que por sí mismo necesita un nuevo estudio y revisión. La segunda parte del trabajo está dedicada a los pájaros y dividida en dos secciones que inciden respectivamente en presentar un estudio general sobre la aparición y situaciones del pájaro en la poesía latina y el análisis centrado a lo largo de trece capítulos en las especies más frecuentes.

Sería descabellado pretender recoger aquí en un rápido resumen las líneas generales de lo que es este minucioso estudio: no obstante no estará fuera de lugar señalar que la primera sección plantea los problemas relativos a tiempo y lugar en que aparecen los pájaros en los clichés poéticos más utilizados, así como la descripción de su aspecto físico y, naturalmente, los temas más utilizados, cuales pueden ser la representación del amor por sus hijos o su reacción ante los peligros. Cierra esta primera sección el capítulo dedicado a las alegorías, metamorfosis y metáforas en que intervienen.

Destaca en estos capítulos la precisión con que el autor consigue unificar una materia de por sí tan dispersa por no decir ambigua en algunos casos. La misma generalidad de su planteamiento impide que profundice en un tema tan interesante como es el canto de los pájaros desde el punto de vista que podemos llamar religioso o incluso mántico, que pueden justificar ciertas apariciones del canto e incluso del vuelo del pájaro en la poesía latina, más allá de lo que se considera decoración sonora de la misma. El autor hace evidentemente mención de su importancia en la ciencia augural pero parece negar su influencia en la poesía, fuera de esta aplicación; sin embargo, creemos que no sería ocioso replantear el tema desde el prisma de esta especial sensibilidad al canto y al vuelo de los pájaros, en cierto modo atávica, en los poetas latinos, por más que coincidamos desde la óptica del análisis del autor con sus conclusiones. No deja A. Sauvage de abrir aquí nuevos caminos de investigación, tales como es el estudio del *aucupium*, para el que convendría un reexamen de las tendencias y temas de la poesía latina a partir del siglo II d. C. a fin de valorar su importancia.

La segunda edición escalona en sus capítulos el estudio de las rapaces, las aves nocturnas, el cuervo y la corneja, el ruiseñor, la golondrina, las grullas, la cigüeña, el cisne, la paloma y la tórtola, las aves de corral, el loro, además de otras especies sin pasar por alto un tema de tanta resonancia como el del pájaro favorito (cap. XII) o el de las aves míticas como el alción.

Capítulos especialmente interesantes son los dedicados al cisne y a las palomas y tórtolas, precisamente por la plasticidad de la imagen del primero y por la actuación de los segundos, cuya dulzura y ternura tópica es hábilmente explotada en la poesía. La abundancia de breves pero interesantes notas u observaciones como, por ejemplo, el desfavor del caballo en la epopeya como elemento de comparación frente a su uso en las artes plásticas como tema importante, o el razonamiento sobre la ausencia, en Séneca, de ciertos temas de pájaros, lejos de niveles rígidamente estadísticos, renuevan con igual vigor la atención del lector, cumpliendo perfectamente los objetivos del trabajo y revelando la sensibilidad y la imaginación y el gusto estilístico de los poetas latinos.

La lectura del trabajo que nos ocupa, despertará sin duda en todo lector una serie de reminiscencias poéticas, bien latinas, bien de su propia literatura moderna que complementarán las comparaciones con temas poéticos paralelos franceses a los que se ha limitado el autor en su estudio, relegándolas la mayor parte de las veces a interesantes notas. Sin embargo el manejo de este estudio desde un punto de vista instrumental, ganaría mucho si siguiera al trabajo un índice, no ya de nombres, que por otra parte también sería muy útil, sino, por lo menos, de pasajes citados que permitiría de una forma cómoda, contrastar opiniones o incluso complementar la información del mismo para su uso personal sin tener que recurrir a continuas relecturas que, si bien su equilibrada estructura facilita, podrían ser de este modo evitadas. Resulta claro que el autor, al presentarnos esta parte de su investigación, como en su día nos presentó la referente a los insectos, ha sido excesivamente modesto al valorar su propio trabajo, que cubre un ámbito de estudio que, en cierta forma, nos había abierto J. André y que en estos momentos no puede dejar de seguir cultivando y, en consecuencia, ir constituyendo un elenco de trabajos hoy por hoy indispensables.

M. MAYER

HILHORST, A.—*Sémitismes et latinismes dans le Pasteur d'Herma*. Graecitas Christianorum primaeva. Fasciculus quintus, Nimega, 1976, 208 pp.

El griego del Pastor de Hermas siempre impresionó a los helenistas por sus innovaciones semánticas, su lenguaje esotérico y sobre todo por su balbuceo sintáctico. Pero nadie había acometido un estudio sistemático de la lengua del Pastor. Hilhorst, ahora, somete a un profundo análisis este sector de la lengua y nos brinda una serie de importantes reflexiones sobre el debatido problema del griego bíblico.

Durante varias décadas la cuestión de los semitismos del griego bíblico se ha prestado a brillantes ejercicios dialécticos entre hebraístas y helenistas. Y no era infrecuente el caso de que un mismo fenómeno lingüístico fuera considerado como un semitismo por el hebraísta cuando el helenista lo atribuía a evolución normal de la *koiné*. Hoy en día en cambio, aunque todavía conocemos de forma imperfecta los sistemas lingüísticos del hebreo, griego y latín de los primeros siglos de nuestra era, se han ensanchado considerablemente las bases de la comparación y en consecuencia los controles para delimitar estadísticamente la frecuencia y extensión de un fenómeno lingüístico concreto. No se ha eliminado del todo el subjetivismo, pero sí se ha reducido en gran escala. Hilhorst tras inventariar los semitismos y latinismos del Pastor los confronta con el griego corriente de la época a través de autores como Luciano de Samosata, Plutarco, Apiano, Pausanias y Aquiles Tacio. Si los pretendidos semitismos se encuentran en dichos autores, llega al resultado negativo de que no se pueden considerar como tales. A continuación, por medio de un estudio sistemático del fenómeno en cuestión en la I,XX, Nuevo Testamento y los apócrifos del Antiguo y Nuevo Testamento hasta el siglo II d. C., comprueba hasta qué punto dichos semitismos pertenecían al uso corriente dentro del griego bíblico. Si el fenómeno lingüístico se aparta del griego profano no absolutamente sino tan sólo por la mayor frecuencia con que se produce, se habla de semitismo o latinismo secundario o parcial.

Para Hilhorst el griego bíblico es un griego semitizado fundamentalmente a través de las múltiples interreferencias lingüísticas que se han originado en el proceso de la traducción de la Biblia al griego. El griego hablado no parece haber contribuido a los semitismos de la literatura bíblica más que en una porción muy modesta de préstamos. La prueba de ello está en que en la literatura apologética judeo-helenística no hay semitismos. El griego semitizado se desarrolló hasta convertirse en la lengua de un género literario, el de la literatura bíblica, de la misma manera que en otro tiempo se constituyó una lengua especial de la literatura épica. Aunque pudo apoyarse en la lengua común de los ambientes bilingües, debe esencialmente su existencia al literalismo de las traducciones y muy pronto a la imitación de este griego de traducción por obras escritas originalmente en griego. Por eso pudo mantenerse en autores que ignoraban las lenguas semíticas y que ya no tenían contacto, en su entorno cotidiano, con ninguna de las formas del griego semitizante (p. 44).

Los temas que son objeto de un análisis más pormenorizado bajo esta perspectiva son: el verbo (pp. 57-77); las preposiciones (pp. 82-106); otros fenómenos sintácticos (pp. 110-122); palabras y expresiones (pp. 126-160); préstamos (pp. 163-179).

El balance de la discusión permite valorar como semitismos las expresiones siguientes: *εἶναι εἰς* con el sentido de 'convertirse en'; tal vez la perfrasis de

εἶναι + participio de presente; προστιθέναι + infinitivo; el λέγων pleonástico; la fórmula ἀποκριθεὶς λέγει; ἀποκρίνασθαι con el sentido de 'hablar'. El ἐν instrumental y el ὑπέρ comparativo; μετά + genitivo con la función de dativo simple; el empleo de ὀπίσω, κατέναντι, ἀπέναντι y ἔμπροσθεν como preposiciones. El llamado 'genitivo hebreo', la reduplicación distributiva de los sustantivos, la parataxis en las subordinadas, etc. En cambio, los latinismos sólo están representados en el Pastor por cuatro préstamos: κερβικάριον, λέντιον, στατίων y συμπέλιον.

Casi todos los semitismos del Pastor de Hermas se encuentran ya en la LXX, con la excepción de algunos semitismos semánticos en los términos de origen judío que han adquirido ya un significado específicamente cristiano. Pero no hay ninguna prueba lingüística de que el autor del libro conociera el hebreo, el arameo o el latín.

La monografía de Hilhorst viene avalada por la amplia documentación consultada, un método positivo que evita las generalizaciones y un juicio ponderado que no sobrepasa en las conclusiones los límites de los datos que poseemos y que no excluye, por otra parte, el que nuevos testimonios obliguen a reconsiderar la conveniencia de mantener un supuesto semitismo. Como ejemplo puede consultarse el tratamiento de la reduplicación distributiva (pp. 113-116).

Con su concepto del griego bíblico estamos fundamentalmente de acuerdo. Algunos puntos particulares son más discutibles. Por ejemplo, la equiparación del griego bíblico con el griego de la épica no se puede extremar, puesto que el griego bíblico no está tan definido ni es, sobre todo, tan unitario. Aparte de la distinción entre libros traducidos y libros compuestos originalmente en griego, existe una gran diversidad en las técnicas de traducción de las distintas unidades. Esto nos lleva a matizar otra opinión del autor: en la p. 39 habla de un literalismo de los traductores que, «au cours des temps, alla croissant plutot que décroissant». En la Biblia griega esto no es verdad, antes al contrario, el carácter del libro influyó más que la cronología en el literalismo de la traducción. Globalmente hablando, el Pentateuco es bastante más literal que la traducción de los Profetas y, por supuesto, mucho más que la de los «Escritos». Y si se refiere al literalismo del traductor Aquila, está motivado por una exégesis concreta del rabinato palestinese; pero con posterioridad a él y en círculos también judíos el traductor Símaco actúa con unos criterios mucho más libres que los del discípulo de Rabí Aquiba.

A modo de complemento, pues comprendo que faltó el tiempo necesario para ser incluido en la bibliografía, me permito señalar, por afectar de lleno a un capítulo concreto del libro, el artículo de R. Sollamo «Some 'improper' prepositions such as ἐνώπιον, ἐναντίον, ἐναντι, etc., in the Septuagint and early κοινή greek», *VT* 25, 1975, pp. 773-782. Se han escapado algunas erratas de imprenta, sobre todo en el texto griego, aunque no constituyen un obstáculo para la comprensión del texto (p. 187 leg. GRECS y no YRECS; ἀρχεσθαι y no ρχεσθαι; αὐτός y no αὐτός; p. 125 leg. ἐκέλευσε y no ἐκελεύσε, etc.).

Pero el libro en su conjunto es un punto de referencia ineludible no sólo para todo trabajo ulterior sobre el Pastor de Hermas, sino para cualquier estudio de lengua en torno a la literatura bíblica griega.

N. FERNÁNDEZ MARCOS